

forta. — Su gracia me hará suaves y ligeros los sacrificios correspondientes á mi estado. — El hábito me dará facilidad en todo, y la buena voluntad triunfará de todos los obstáculos.

Nada es imposible al amor. Y aunque no fuese más que la dicha de ser recibido en la Congregación del Santísimo Sacramento, de poder vivir en este divino Cenáculo, ¿no debieran la gratitud y el amor de tanta felicidad hacerme el más generoso y devoto entre los servidores de Jesucristo?—El amor: eso es Dios, un amor infinito; y el amor á Dios lo es todo en el hombre.

Donde reina el amor, nada es triste ni penoso: todo lo embellece, todo lo hace amable, hasta los padecimientos y el sacrificio: porque ¡es tan dulce para un corazón amante el hacer algo grande, algo agradable al Amado!—El padecer es el alma y la perfección del amor.

¡Oh! ¡Y por qué no habría de ser para mí el altar un Calvario de amor donde me inmolasen yo por entero cada día y cada momento con la divina Víctima que incesantemente se inmola por mí?

CONCLUSIÓN DEL RETIRO

Primera condición de un postulante. — Entrega de sí mismo.

Salgo de un combate rudo: el demonio, el mundo, la carne, todo se ha levantado contra mí, todo quería oponerse á mi vocación religiosa y encadenarme por siempre al siglo.

Vos habéis vencido, Dios mío; he triunfado de

todo por vuestra gracia y por la protección de mi Madre...

¿Qué os retornaré yo, Señor, por tanto beneficio? *Dirrupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* «Rompiste mis cadenas: á tí ofreceré yo un sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor.»

Y ahora, Dios mío, ¿qué queréis que haga?—¿Por dónde debo comenzar?

He sacrificado todo: ¿qué me falta hacer aún?—Una cosa sólo: comenzar bien la vida religiosa y eucarística, porque todo depende del primer movimiento, de un buen comienzo.

I. Es, pues, preciso:

1.º Que me entregue entera y exclusivamente á Jesús, poniéndome por completo á disposición de su gracia.

2.º Que empiece desde este punto á servirle por el entero cumplimiento de la regla y según el espíritu de la Congregación del Santísimo Sacramento.

3.º En el mundo lo he dejado todo: bienes, amigos, comodidades, gloria humana; todo lo he dejado generosamente, sin pena por ello y sin condición alguna.

He hecho como los discípulos por seguir á Jesús, que á cada cual decía: «*Sequere me*»: *et relictis omnibus et patre, secuti sunt eum.*

Pero no he acabado aún; necesario es ahora que me deje á mí mismo. Jesús lo ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

¿En qué consiste esta abnegación evangélica?—En dejar nuestra vida individual para vivir de la vida de Jesucristo; en renunciar á nuestras ideas, á nuestros gustos, á nuestra peculiar manera, á la volun-

tad propia, para tomar la virtud capital de Jesucristo, la obediencia.

Pero obediencia de amor cuyo único deseo, placer y dicha se compendia en aquellas palabras de San Pablo: *Mihi vivere Christus est.* «Porque para mí el vivir es Cristo.»

4.º Mucho es dejarme á mí mismo; es morir cada día porque la virtud de Jesucristo habite en mí. — Pero no basta: preciso es que yo me dé sin condición, que me abandone al beneplácito de Jesús, que me entregue á su gracia, como el barro en las manos del alfarero, para que me labre y haga de mí un verdadero y buen adorador.

Preciso es que le entregue mi espíritu, mi corazón, mi cuerpo, mi vida toda, á fin de que él los inspire, los modele y los perfeccione en la santidad de la divina Eucaristía. — *O Domine Jesu! in me vive, in me regna, in me impera.*

II, Es, pues, preciso que me dedique desde ahora á servirle por el cumplimiento de la regla de la Congregación del Santísimo Sacramento, y según su espíritu.

La divina Eucaristía: he ahí mi fin, la regla interior de mi vida: es la gracia de amor de Jesucristo.

La regla es la forma exterior de mi vida que, asociándome al servicio en comunidad de todos los miembros, me hace participar de sus gracias y sus méritos, y me da además plaza en la guardia eucarística y participación así en la gloria de su divino servicio, donde todo se ejecuta según las leyes y el espíritu de la santa Iglesia. — La cual todo lo ha regulado, inspirada por Dios mismo, con peso, medida y regla. *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti.*

Debo, pues, ante todo procurar enterarme bien de las reglas prácticas del culto eucarístico, de la vida de la Congregación, y también de sus usos y costumbres, para que así pueda ser un miembro dócil y útil al cumplimiento del fin que la misma se propone.

Comenzaré, pues, por aprender la letra del texto de la regla, y después ¡oh Dios mío! vuestro espíritu lo vivificará, y auxiliado yo por vuestra gracia y fortalecido con vuestro amor, haré de la regularidad mi virtud dominante; porque quien vive para la regla, para Dios vive: *Qui regulae vivit, Deo vivit.*

APÉNDICE

MEDIOS DE PERFECCIÓN EN LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1).

¿Puedo santificarme en la Congregación del Santísimo Sacramento? — ¿Se halla ésta en las legítimas condiciones de una sociedad religiosa, segura y estable?

Efectivamente que sí: tiene las condiciones que se requieren para una fundación regular, y ofrece para la salvación todos los medios deseables. Para con-

(1) La necesidad de esta meditación se presenta naturalmente al alma que se siente llamada á servir al Santísimo Sacramento por la donación total y definitiva de todo su ser. Gusta informarse de los rumbos que habrá de seguir un buque; pero además inquierien también los interesados en ello si es de construcción sólida y bien equipado. Para responder á este deseo tan natural y legítimo tuvo que bosquejar el P. Eymard, en compendioso resumen, la historia de la fundación de la Congregación. Esta meditación reviste, por lo tanto, un carácter especial, que le señala lugar aparte, y por eso la reproducimos en apéndice.

vencernos de ello hay que considerarla en su establecimiento, en su fin, en sus medios y en su espíritu.

I. Su establecimiento.

1.º Se realiza entre grandes y rudas pruebas, entre imposibles, y por los medios que, considerados en sí mismos, debieran más bien ser un obstáculo.—Dios ha querido mostrar así que ésta no era en nada obra de los hombres, y que nada podían ellos contra su voluntad.

2.º La Congregación ha comenzado sin medios y sin socorros humanos, sin favores ni protección de nadie, en la capital de Francia, donde sus primeros individuos eran desconocidos, donde no se querían ya nuevas congregaciones.—Ha comenzado en el lugar de su primera prueba; nacía allí, como en su Portal de Belén, inspirada de ferviente amor.

3.º Se ha fundado sobre el firme cimiento de la autoridad, y no en sentimientos particulares y personales.

Antes de emprender nada, consúltase en 1833, por conducto del Rmo. P. Jandel, General de la Orden de Santo Domingo la opinión del Sumo Pontífice Pío IX, quien responde que «el pensamiento de la obra es excelente, y que con el tiempo la bendecirá, si va adelante.»

En 27 de Agosto de 1833 enviábase á un sacerdote como mensajero cerca del Padre Santo para someterle el plan de la obra, y respondió Su Santidad: «Viene de Dios esta obra: estoy convencido de ello; que se den prisa á establecerla: la Iglesia tiene necesidad de este socorro.» Y Pío IX, en su benévolo afecto, traza la marcha que convenía seguir para llegar á tal resultado.

En 1.º de Mayo de 1836 se sometía á tres Obispos la cuestión personal y práctica de la Congregación, para que decidiesen ellos de la vida ó la muerte de la misma, los cuales eran monseñor de la Bouillerie, monseñor de Tripoli y monseñor de Sibour, arzobispo de París.—Y la Congregación era aceptada, alabada y aprobada en Consejo episcopal, al cual asistía Mons. Carrière, de santa memoria, sucesor en la dirección del Seminario de San Sulpicio de Mr. Olier, tan devoto del Santísimo Sacramento. Y después, el 13 de Mayo de 1836, llegaba la Sociedad del Santísimo Sacramento á ser, por decirlo así, una hijita de la Iglesia, bajo la aprobación episcopal, primer grado de institución canónica en la Iglesia.—Pero no le bastaba esto: quería tener en su apoyo la voz de Roma.

El 20 de Diciembre de 1838, estaba el Superior á los pies de Su Santidad y le recordaba su paternal promesa y le rendía los primeros homenajes de esta humilde menor y servidora de la Santa Iglesia.—Y el Padre Santo, con aquel corazón tan tierno y aquella piedad tan viva, decía: «La bendeciré: os pido quince días de término, en atención á las fiestas de Navidad.» Y se dignó repetir por tres veces, al despedirle, estas palabras de animación: «Que Dios bendiga vuestra Sociedad.» Y ya en la misma audiencia Su Santidad concedió una indulgencia plenaria cotidiana para los profesos, para los novicios y hasta para los agregados.

El 5 de Enero firmaba el Padre Santo el Breve laudatorio tan honroso y confortador para la Obra y para aquel de quien Dios, en su misericordia, ha querido servirse á este propósito.

Y el 6, día de la Epifanía, que es la fiesta de la

Congregación, recibía el Superior dicho Breve, con no poco asombro de todos los que sabían el objeto de su viaje y que temían tuviese que detenerse bastante tiempo en Roma, sin obtener tal vez un resultado definitivo, como sucede á menudo en cosas de tanto momento.—Nuestro Dueño y Señor había juzgado de otra manera. — Al Rey se le da siempre la precedencia.

Así, pues, la Congregación ha marchado al amparo de la autoridad; y se apoya en la autoridad de la Iglesia; es, por lo tanto, legítima; vive y vivirá mediante el favor divino.

En 1863 la Iglesia reconocía definitivamente y aprobaba de un modo solemne la Congregación del Santísimo Sacramento.

Las grandes Corporaciones religiosas han acogido con amor y bendecido á esta hermana menor, la han afiliado á sus respectivas Ordenes y la han dado participación en sus méritos: tal han hecho los Carmelitas, los Benedictinos, los Franciscanos, los Capuchinos, los Dominicos; y todos la miraban con una especie de santa envidia y la consideraban dichosa por haber recibido tan angelical vocación. «Nosotros tenemos—decían al Superior—nosotros tenemos por fundadores Santos: pero vosotros tenéis al que forma los Santos y les da eterna corona.»

II. Fin á que aspira.

La excelencia de una cosa cualquiera y de una obra está principalmente en su fin, en el blanco á que mira: así que no hay obra más sublime que la que tiene por fin la adorable persona de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

Más honorífico es servir al Amo que á los hijos y servidores del mismo.

Es más perfecto estar á los pies de Jesucristo con Maria, que trabajar para Él con Marta.—Por lo tanto, aventaja la Adoración al mayor y más honorífico apostolado.

Hay más amor en la divina Eucaristía que en todos los misterios juntos de Jesucristo.

La sacratísima Eucaristía es el más poderoso y santo medio de perfección, y también el más amable de todos.

Y tal es el objeto, el fin á que aspira la Congregación del Santísimo Sacramento.

El religioso del Santísimo Sacramento no va á Jesucristo por el prójimo; va derecho á su Señor y mora con El, y le sigue por doquiera como su guardia de honor.

Si se ocupa con el prójimo, es como el ayudante del Rey; vuelve inmediatamente á su lado á continuar con amor su servicio.

No va á su Señor con protección, por intermediario;—reteniéndole su servicio cerca de la divina Persona: entra como por derecho propio ante el Amo y le presenta él mismo la petición.—No es que deje á un lado ó rehuse el socorro de los grandes de la Corte celestial; antes al contrario, se une á ellos para tributar homenaje á su divino Rey; procura adornarse con las virtudes y los méritos de ellos; toma de los mismos el bello lenguaje de sus alabanzas y de su amor para bendecir, alabar y amar á su bondadoso Señor. Pero no se queda en la casa de ninguno, ni entra de sirviente en ella, sino que pasa á serlo directamente del Rey mismo.

Como es pobre, débil é ignorante, prefiere ir con su divina Madre á presentar preces, adorar y servir á Jesús, su Señor y su Dios; reza con Maria, y con

María desempeña los ministerios de su servicio, como el niño con su madre.

Tal es el objeto de la Congregación;—el más sublime de todos.

Es este un fin siempre presente, siempre de actualidad, siempre á la mano para el religioso; que nadie puede arrebatarle ni impedirle la consecución del mismo en este mundo.

Fin siempre perfecto en sí mismo: la Congregación tiene bastante con un altar y con Jesucristo, nuestro Señor, y ya á la primera hora de la exposición está en el terreno de su gracia plenamente, y llena todo su fin; está en toda su perfección—pues que está en la adoración de Jesucristo.

Después de lo cual, ya sólo el cielo.

III. Sus medios.

1.º Fin y medio juntamente de la perfección del religioso del Santísimo Sacramento es la sagrada Eucaristía, de la cual viene toda gracia, y en la cual toda virtud se perfecciona.

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el modelo de las virtudes y de la vida del religioso; allí continúa siendo humilde, pobre, manso, paciente y caritativo.—Allí está también como cordero inmolado á la gloria de su Padre para la salvación del mundo.—Allí ruega siempre por nosotros.—Allí continúa su vida interior y escondida.

He ahí el Maestro y el modelo del religioso del Santísimo Sacramento; modelo siempre vivo y siempre amante.

Vivir de la vida eucarística de Jesucristo: en eso está la perfección propia de ese religioso.

2.º Para el culto eucarístico la Congregación no crea ni inventa nada; tiene por regla suya única, in-

variable é inflexible, la de la santa Iglesia romana. Sigue literalmente cuanto ésta ha decretado, establecido y definido para el culto del Santísimo Sacramento; y cuando ella calla ó deja en libertad, consulta la Sociedad el espíritu de los usos, el deseo de la santa Iglesia como regla que adopta su amor.

3.º La vida de la Congregación no es otra cosa que la aplicación de las virtudes evangélicas á su fin eucarístico.

Viene y debe necesariamente venir de la divina Eucaristía, y á ella debe volver como á su fin.

IV. Su espíritu.

Vengamos ahora al espíritu de la Congregación. No puede ser otro que un espíritu de amor, pues que ha de vivir de la Sagrada Eucaristía.

Así, para ser un verdadero religioso cada uno de sus individuos debe tener el amor como punto de partida para dirigirse á las virtudes, aun á las más sublimes, que el amor sabrá hacer ordinarias. Del amor ha de inspirarse en cuanto toca á su oficio.

Debe honrar en María Santísima la hermosa advocación del Amor Hermoso—Y en San Juan el título de discípulo del divino amor.

Con este espíritu de amor, el religioso deberá hacerse muy luego virtuoso—y el más feliz de los mortales.

